

UNA PÁGINA DE GLORIA.

Hay un pueblo cuya historia no es comparable con la de ningún pueblo de la tierra; su nombre es España. Envidiado por las naciones todas de la antigüedad, desempeñaba un papel importante como provincia del más grande imperio del mundo, y aun entonces el coloso vió temblar sus águilas ante el indomable Viriato. Pero aquello no era más que el prólogo de sus glorias. Abrid su historia y no hallareis una sola página donde no se consigne su grandeza, corred el mundo y no hallareis un palmo de tierra que regado con sangre de sus valientes hijos, no haya producido laureles para ceñir su cabeza. Si rara vez la fortuna le es contraria, aun sucumbe como grande. La tierra es un día estrecho teatro para sus glorias y obliga á los mares á reducir su inmensidad surgiendo de su inexplorado fondo nuevos mundos que las contengan. Todo en este pueblo es grande, y su grandeza aventaja á la de todos los pueblos. ¿Quereis una prueba de ello? Era el 11 de Marzo de 718 y las montañas de Asturias hacían resonar en sus cavidades un grito alegre y entusiasta que siempre hallará un eco simpático en nuestro corazón; era que el pueblo español no había sucumbido en las aguas del Guadalete; era un grito de victoria que las ondas del Deva conducían sobre sus cristales contestando á la exclamación de espanto que diera el Guadalete al cubrir con sus aguas á Rodrigo; era que las montañas de Asturias encerraban corazones españoles y no podían mirar sin horror que la media luna se enseñorease del territorio de sus mayores; era que el ilustre pueblo español había visto el triunfante Lábaro de Constantino y pedía á Pelayo que lo empuñase. Este es el día glorioso en que da principio nuestra reconquista. Los que vieron sucumbir á Numancia y á Sagunto antes que perder su independencia, debieron dar ejemplo al pueblo del dos de Mayo; los que vieron caer cerca de Jerez la corona que ceñeran con gloria los Teodoredos, Euricos, Recaredos y Waubas, debieron colocarla con un brillo eterno en la frente de Pelayo, para que después de siete siglos los Reyes Católicos la colocasen á su vez sobre los muros de Granada.

Estos siete siglos no puede el mundo olvidarlos. ¿No son ellos acaso los que llenaron con sus nombres Alfonso I el Católico, Alfonso II el Casto, Ordono I, Alfonso III el Grande, Fernando I el Grandé, Alfonso el Batallador, Ramon Berenguer IV, Alfonso VIII, Fernando III el Santo, Alfonso X el Sábio, Pedro III el Grande, Sancho el Bravo, Fernando V e Isabel I? ¿No son acaso ellos los que produjeron tan esforzados capitanes como Fernan Gonzalez, el Cid, Roger de Lauria, Guzman el Bueno y cien y cien que asombraron al mundo con su fama? ¿No son esos los siglos en que brotaron laureles fecundos para España, en San Esteban de Gormaz, Simancas, Zamora, Calatañazor, Cea, Visco, Lamego, Coimbra, Toledo, Murviedro, Huesca, Zaragoza, las Baleares, Almeria, las Navas, Córdoba, Jaen Sevilla, Jativa, Benevento, Mesina y en cuanto cubrió con su sombra el pabellon de la Cruz? ¿No son ellos los que nos dieron las órdenes de Calatrava, Santiago y Alcántara que produjeron tantos héroes cuantos fueron los cruzados? ¿Y es posible olvidar tanta grandeza?

Pero hoy, Lorca querida, te regocijas doblemente en tantas glorias. En esos siglos dichosos has sabido engastar una perla à la brillante corona de tus reyes; tambien has sabido escribir una página que hoy conmemoras, en esa magnífica epopeya que siempre es demasiado grande para encontrar un genio que la cante.

Hoy hace *seiscientos treinta y un años* que la Cruz dorada de Alfonso el Casto, lució con nuevo y esplendente brillo sobre las fortalezas de nuestra amada Lorca. La hora de la derrota del mahometismo habia sido marcada por la Providencia, gracias à la fé inquebrantable y al esforzado valor de nuestros padres. S. Fernando era el héroe que habia de librar de las cadenas que retenian en el harem del Profeta à la sultana bella reclinada en su lecho de esmeralda, que mereciera de los hijos de Agar el poético nombre de *Ciudad del Sol*. Pero un héroe parecia poco à la grandeza de la empresa, y Dios dispuso que dos la realizaran: un Santo y un Sábio.

Aprovechando Fernando III las desavenencias entre los diferentes reinos musulmanes, junto con la muerte de Aben-Hud rey de Murcia, mandó al infante D. Alfonso à la cabeza de lucido ejército à conquistar tan importante reino, y aquellos walies, à quienes faltó patriotismo para sobreponerse à sus mutuas rencillas, les sobró envilecimiento para entregar en Alcaráz el reino en manos del infante.

Solo un hijo de Lorca cuyo pecho tuvo en más el honor que la vida, determinò resistir. Aziz-ben-Addezmeliz ben-Muhamad ben-Catif abu Becár, era el noble moro que renunciando à la ignominia de hundir en la vergüenza su bandera, quiso verla circundada de gloria cuando sobrenadara en su sangre. Sus parciales y amigos encerrados en las fortalezas de Mula y Cartagena, como él hiciera en la de Lorca, se declararon independientes del resto de su reino desafiando la pujanza del monarca castellano. Mas estos corazones generosos solo pudieron retardar un año el baldon de su bandera, que la Pro-

videncia había jurado, y en mil doscientos cuarenta y dos, después de vencidas Mula y Cartagena, el infante se apresta para posesionarse de Lorca. Un numeroso ejército cristiano acampa en el sitio que de su nombre se llama hoy los *Reales*; pero su vista no intimida á los sitiados y D. Alfonso dispone sus ejército para la lucha.

El día 23 de Noviembre por la mañana era el designado para el asalto. El ejército después de haber recibido las órdenes convenientes, se postra ante la imágen de María de las Huertas que el esforzado Príncipe conduce en su campamento cual labaro que le guía á la victoria, y después de celebrar el divino sacrificio y recibir la bendición del Obispo de Cuenca, D. Gonzalo Ybáñez de Palomeque, aquellos guerreros que en la arena de cien campos habían dibujado con la punta de sus aceros la imágen de la victoria, marcharon á clavar para siempre la Cruz, signo preciado de redención y libertad, sobre la ominosa media luna emblema de envilecimiento y despotismo. ¡Gloria á los valientes capitanes que supieron realizar tan heroica empresa!

Los nombres de Murviedro, Saicho Mazuelo de Manzanedo y el Príncipe D. Alfonso, vivirán siempre en la historia recibiendo el homenaje de gratitud de todo corazón que ame á Lorca como á su querida patria. Las murallas al parecer inespugnables de la fortaleza, se vieron al primer empuje y casi simultáneamente coronadas por los guerreros de María; el sol se cubrió con velo impenetrable de densa niebla para no presenciar el estrago que los valientes dejaban en pos de sus aceros; el Guadalentín corría presuroso al mar, tintas sus aguas en sangre, para que éste al besar con sus olas remotas playas, contara al mundo un nuevo triunfo de la Cruz; las montañas vecinas repitiendo en sus ecos el fragor del combate parecían cantar con voz de trueno el himno de la victoria. De repente un grito unánime sale de todos los pechos: *Lorca por Fernando III*. Era que á la sombra del estandarte glorioso de D. Alfonso recibía este á nombre del rey santo á el W-li Muhamad ben—Ali ben—Hud y al esforzado Aziz ben—Addemelik que deponían á sus plantas los alfanges que el poder castellano acababa de vencer.

Tal es la noble página precursora de otras cien que Lorca había de escribir en la historia de la reconquista. Hoy conmemora el día en que libre del yugo mahometano mereció ser siempre grande y unir sus laureles á los innumerables que siempre ceñiran las banderas españolas.

¡Por qué no hemos de recordar con orgullo nuestra historia si ésta es la lección del porvenir! ¡Feliz mil veces el pueblo que sabe de ella aprovecharse! Un día fuimos grandes, ya lo hemos dicho y la historia lo confirma, mas grandes que todos los pueblos de la tierra ¡hoy nuestra pobre y abatida patria es juguete de las naciones que con lástima la miran...! y ¿por qué no decirlo? ¡apenas su nombre puede recordar al mundo su primitiva grandeza! Ahí está la historia; entonces éramos grandes con la grandeza del Catolicismo que guiaba

nuestras banderas á la victoria; hoy somos pequeños con la pequeñez del egoismo que nos envilece: porque este egoismo ahoga toda voz generosa de entusiasmo, de desprendimiento, de caridad ó de patriotismo, rechazando todo cuanto no tienda al interés mezquino de la individualidad, y haciendo desligarse al hombre, ante todo, de los sagrados lazos de la religion católica, que lo eleva hasta las esferas de lo sublime y heróico.

No por otra causa se han hundido en el polvo que al derrumbarse levantaron cien y cien naciones poderosas, que llevaron escritas en los cuarteles de su escudo las glorias de otros tantos pueblos que á su poder se unieron, y la historia, que no encuentra en sus páginas lauros bastantes á coronar sus gigantes grandezas, reduce sus conceptos cuando llega á referir el envilecimiento de aquellas naciones que en su libro no cabian, como si el llanto la ahogara y el oprobio la entristeciera.

¡Ay de los pueblos que olvidan donde se hallan las bases de su grandeza! ¡Ay de los pueblos que se rebajan hundiéndose en el lodo del egoismo!

¡Ay de España si olvidando su historia cae en los brazos del sensualismo! Aquellos sus triunfos y laureles que llenan al mundo, no seran bastantes á ocultar su tumba.

No olvidemos por tanto lo que fuimos y abracémosnos á la religion que tan alto nos elevó, pues de otro modo nuestra ruina es inevitable.

La Historia nos lo enseña: ahí estan, repetimos, sus páginas, y el que se atreva á negar que la grandeza de España descansa en los brazos de su religion ese solo probará que no la conoce, que pequeño en su pasion no puede comprender los grandes hechos; ese tendria por fuerza que renegar de su pasado, porque contra él protestarian nuestros mayores, y las sombras de los héroes que vencieron bajo las banderas de la Cruz lanzarian un anatema eterno á los que han empañado sus grandezas.

J. M. C.

LEMA**FÉ, VALOR, PIEDAD Y HONOR.**

CONQUISTA DE LORCA EN 23 DE NOVIEMBRE DE 1242, POR
LA PROTECCION MANIFIESTA DE LA VIRGEN, BAJO LA AD-
VOCACION DE SANTA MARIA LA REAL DE LAS HUERTAS.

ROMANCE,

PREMIADO EN EL AÑO 1871 CON MENCIÓN HONORÍFICA ESPECIAL, EN EL
CERTÁMEN CONVOCADO POR «LA ILUSTRACION POPULAR» DE VALENCIA.

Diez ginetes lanza en ristre,
Y con el yelmo calado,
Las plumas de sus cimeras
Graciosamente ondulando,
Brillantes las armaduras,
Sobre corceles lozanos,
En dos ordenadas filas
Van, al trote acelerado,
Por la hermosísima vega
De la ciudad, que no en vano
Se llama ciudad del Sol,
Lorca, de castillos altos.

Entre los ginetes va
Una dama cabalgando,
Pura, como la azucena,
Rubia, como los topacios,
Risueña como la aurora,
Tierna, como fresco tallo,
Hermosa como ninguna,
Toda embeleso y encanto.
Cristianos los diez jinetes,
Van á D. Alfonso el Sabio
A ofrecerse, en sus reales,
Pues á Lorca está sitiando,
Temiéndole á los furoros

De los ruidos mahometanos,
Llevan á Elvira, gozosos,
Y quieren ponerla á salvo.

De pronto cual remolino
De huracan descompasado,
Multitud incalculable
De moros, con gritos carios, -
A los giñetes embiste,
Y les cerca y corta el paso.

Ante sorpresa tan fiera,
«A ellos, dicen los cristianos;
«Perezcan estos cobardes;
«No nos rendimos, Santiago
«Y cierra España,» repiten,
Y luchan desesperados.

Mas ¡ay! de su corcel noble
Cayó Elvira, y cual relámpagos,
Los diez jinetes acuden,
Pero un funesto desmayo
Asalta á la tierna jóven,
Y causa gran descalabro,
Pues los moros que lo advierten,
La ocasion aprovechando,
Siembran confusion y luto
Entre aquellos pocos bravos.

Los que de la muerte libran,
Son fuertemente amarrados,
Y con Elvira, cautivos.
A Lorca van caminando,
Mal reprimido su enojo,
Que quiere estallar cual rayo.

A socorrer los valientes,
Del campamento cercano
Salen fuerzas, mas es tarde,
Que en la ciudad han entrado,
Y solo se oyen los gritos,
Que en señal de triunfo raro,
Lanzan los hijos de Agar,
La victoria celebrando.

Mas se vé entre aquellas fuerzas
A uno de los Lopez de Haro,
Que ante las puertas de Lorca
Se baja de su caballo,
Hunca una rodilla en tierra,
Y así se esplica su labio.
«Virgen Santa, madre mia,
«Oid de Elvira el triste llanto;

«Es mi hermana, por salvarla,
 «Os ofrezco que en un claustro
 «Mi vida consagraré,
 «Trocando por tosco sayo
 «Esta armadura que llevo,
 «Y seré de vos esclavo.»

Dice, monta en el brido,
 Parte ligero, y el caso
 Al príncipe D. Alfonso
 Le cuenta, y el rudo agravio
 No le deja, noche y día,
 Ni un momento de descanso.

Al son de agudos clarines,
 Que en acentos acordados,
 Acompañan la venida
 Del sol que destella claro,
 Van saliendo de sus tiendas
 Los gefes y los soldados
 De los tercios sitiadores,
 Grupos distintos formando.
 Pronto se ordenan en filas,
 Y entre vítores y aplausos,
 Reciben à D. Alfonso,
 Que va recorriendo el campo.
 «Hoy, veintidos de Noviembre,
 «Dice el príncipe magnánimo,
 «Juremos que hemos de dar
 «Mañana mismo el asalto.
 «Caiga pues la media luna,
 «Y ondee el lábaro santo
 «Del Espolon en la torre,
 «Do yacen nuestros hermanos
 «Entre cadenas sumidos,
 «Hambre sufriendo y escarnios.
 «La imágen de la gran reina,
 «Que es de los hombres amparo,
 «Como sitiadora ocupa
 «La tienda que le formamos.
 «Pidámosle, que su fuerza
 «Nuestra será, y es bien llano.
 «Mi buen padre, el muy piadoso
 «Y esclarecido Fernando,
 «En casi toda la Bética
 «La cruz bendita ha plantado;
 «Mañana hagamos nosotros
 «En Eliócrota otro tanto,

«Y llave del reino sea
 «Ese alcázar celebrado,
 Dice, y resuenan los vivas,
 Y en los montes inmediatos,
 El eco va repitiendo:
 «Viva D. Alfonso el sábio.»

—
 Es de ver en todo el día,
 Hasta despues de su ocaso,
 Con qué afán, con qué cautela,
 El plan de ataque es trazado:
 Las órdenes se repiten,
 Y van los gefes cruzando,
 De una à otra parte, y animan
 Los militares trabajos.

Mas ¡ay! que el dolor mas recio
 Va haciendo brusco taladro
 En el corazon sensible.
 Del que vive en sobresalto,
 Viendo que su hermana Elvira,
 Se encuentra en los subterráneos
 Del alcázar formidable,
 Y ella es su objeto mas caro.
 «Aquí, dice aquel valiente,
 «Pienso en tu mal, y me hallo
 «Lleno de pena y coraje,
 «Hecho el corazon pedazos.
 «Aquí estoy, yo no te olvido;
 «Mi acero estoy afilando,
 «Y ¡ay! de aquel que te ultrajase,
 «Que ha de ver quien es tu hermano.

Así dice, y al oír
 Las varias voces de mando,
 Y el toque de los clarines,
 Y el andar acompasado
 De aquellos marciales tercios,
 Que ante el altar sacrosanto
 Van á rendir homenaje,
 Timbre de honor castellano,
 Reálzase en sus entrañas
 El valor del buen vasallo,
 Mas enérgico que nunca,
 De triunfo vivo presagio,

Llega la noche, y, fatidicos,
 En Lorca cruzan en tanto
 Los moros por todas partes,
 De sus alfanjes armados,

Colocándose en los puntos
Que han de ser rudos teatros
De escenas en que el valor
Ha de ser vencido acaso.

A Elvira asechanzas pone
Un árabe despiadado,
Mas su honor firme resiste
Las iras y los alhagos.

—
Ya el alba del veintitres
Se acerca con paso blando,
Y mientras la noche espira
Envuelta en húmedo manto,
Gonzalo, Obispo de Cuenca,
Tan piadoso, como impávido,
Con su presencia y palabra
Infunde valor doblado.

Ante el altar de María
Ofrece el grande holocausto,
Y á la vez los rendimientos
Del ejército acampado,
Que ya con la Eucaristia
Nuevo temple dió á sus ánimos.

Luego bendice el pendon,
Y dice, con tono mágico:
«Día es hoy de S. Clemente;
«Dios que es el gran soberano,
«Hoy clemente nos será,
«Que es su triunfo el que buscamos,
«¡Oh! dentro de pocas horas
«Enarbolemos el lábaro
«De la fe en los alminares
«De la ciudad, cuyo fastos,
«Cuentan ya muchas proezas
«De nuestros antepasados.
«¡Al combate, á la victoria!
«De valientes es el lauro!

Así dijo, y su voz mística
Entonó de ruego un canto
A la reina de los ángeles,
Causa de dulce arrebató;
Y conmovido el ejército,
Lleno el pecho de entusiasmo,
Marcha velóz hacia Lorca,
Con silencio calculado.

—
¡Día grande, feliz día!

¡En tu sepulcro ¡Oh Pelayo!
 Regocíjate! Tus huellas
 Siguen hombres esforzados:
 Son los hijos de la fé,
 Que aun lucharán largos años;
 Más premios recibirán
 Como á ninguno se han dado.
 Gloria y honor y riquezas,
 Tendrán los héroes hispanos:
 Para su fé tiene Dios
 Un nuevo mundo guardado.

Los sitiadores avanzan,
 Sigamos nuestro relato,
 Murviedro, gefe incansabe,
 Cuya vista es como dardo,
 Que ya en la noche pasada
 Ha cruzado los barrancos,
 Por la parte de poniente
 A la montaña ha trepado,
 Y Lopez de Haro el fiel,
 Le sigue por aquel flanco.
 Sancho Mazuelo el valiente.
 Que tiene de hierro el brazo,
 Abanza por la Velica,
 Con los suyos á caballo;
 Mientras D. Alfonso, intrepido,
 Por la puerta del Pescado
 Va á meterse en el castillo,
 Venciendo miles obstáculos.

Murviedro la atencion llama,
 Con sin igual desenfado,
 Con cajas y con clarines,
 Cuyo sonido zumbando
 Por montes y por murallas,
 Causa en los moros quebranto,
 Allí acuden los de dentro,
 A rechazar el asalto;
 Mas este es por la Velica,
 Por do ha penetrado Sancho,
 Como centella que abrasa
 Todo cuanto va tocando.
 Su armadura se salpica
 De sangre de los contrarios,
 Y tira á diestro y siniestro,
 Mazuelo tan fuertes tajos,
 Que los moros confundiendose,

Huyen con terrible espanto,
 Formando en aquel destrozo
 Su sangre arroyos, no charcos.
 Rompe D. Alfonso en breve
 Férrea puerta, y sin retraso
 Iguala intrépido grupo;
 Muestrase el moro reacio,
 Pues el trance es decidido,
 Invoca al *Profeta*, y cuando
 Creyó cantar la victoria,
 Batiendose palmo à palmo,
 Cede, y el Principe llega
 Del castillo à lo encumbrado,
 En la derecha la espada,
 Y el pendon en la otra mano.

Murviedro matando acude,
 Mazuelo llega afanado,
 Y todos rinden por fin
 Al Wali temerario,
 Sin perder ni un solo hombre,
 A pesar de tanto estrago.

El moro entrega las llaves;
 La Cruz está dominando.

Más ¿dónde con vista ansiosa,
 El de Haro va desalado?
 En hondas mazmorras entra,
 Por su hermana preguntando.

Hela allí, que arrodillada,
 Le pide á un moro inhumano
 Que no le quite la vida,
 Que amaga quitarle el bárbaro,

Lope de Aro entonces llega,
 Y de coraje bramando,
 La cabeza de aquel árabe
 Divide de un golpe raudó.
 Los dos hermanos al punto
 Aparecen abrazados.

Repite Lopez allí
 Su voto, que cumple al cabo,
 Pues la piedad y la fé,
 Lejos de ser nombres falsos,
 Trocaban luego en virtudes
 Los mundanales cuidados,
 Que la religion entonces
 Ocupaba el primer rango.

—
 Ya en la ciudad y castillos

Resuenan cantares almos,
 De victoria y gratitud
 A Dios, que dió triunfo magno
 A quien á Dios y á la pátria
 Dedicó noble sus actos.

En bien fué de todo el reino
 Este triunfo tan preclaro.
 Del reino entonces fué llave
 Lorca; y su escudopreciado
 Así lo dice y sus hechos
 De ello son el mejor dato.

A S. Clemente patron
 De Lorca elijen, y ufanos,
 A la Virgen de las Huertas,
 Por tan valioso regalo,
 Patrona especial aclaman
 Con placer inusitado,
 Y es llevada á la ciudad,
 De flôres entre mil ramos,
 En hombros de los cautivos
 Cuyos grillos se quebraron.

Despues la piedad alzó
 En los reales santuario,
 Doude la Virgen recibe
 El culto que le es tan grato.

Y la fé de los lorquinos
 En la historia ha señalado,
 Que de Lorca en la conquista
 La Virgen obró un milagro,
 Porque niebla misteriosa
 Alzóse entre los dos bandos,
 Siguiendo los movimientos
 Del sitiador, confesando
 Los moros que no veian
 Acercarse á los cristianos;

Mas la niebla estrella fuè,
 Que en los muros y picachos,
 Al nieto de Berenguela
 Sirvió de seguro faro.

CÁRLOS M. BARBERÁN.

BIBLIOGRAFIA.

La República en España (2.^a edición) por D. José Marin Ordoñez. =
La fórmula social, por D. Ubaldo R. Quiñones.

(Conclusion)

En el número anterior decíamos que el Sr. D. Ubaldo R. Quiñones presentaba una fórmula particular para extinguir los males que amenazan disolver nuestra Sociedad.

Veanla nuestros lectores.

«En el orden religioso, dice, *todos para con Dios; una sola moral en acción, la de Jesucristo: una sola verdad, la de Dios: una sola Justicia, la de todos.* En el orden social: *todos para cada uno; cada uno para todos.* En el orden político: *federación por razas; variedad en la unidad, unidad en la acción.... federación latina: confederación cristiana.*

Esta fórmula que, por comprender los tres puntos en que gira la esfera de acción de la Sociedad, llama *social* su autor dándole nombre á la obra, la deduce el Sr. Romero del estudio previo que hace de la Religión, del Socialismo y del Derecho, que son las partes en que ha dividido su erudito y profundo trabajo.

Después de demostrar la existencia de Dios por un método matemático y de defender el dogma de la creación; después de probar que no puede existir una sociedad sin religión, y de hacer un estudio digno de elogio de las religiones de los pueblos separados de Dios por el pecado, expone las divinas máximas de Jesucristo y deduce y proclama que la única Religión que debe seguirse es la cristiana, por que es verdadera, absoluta y universal. Proclamada tan altísima y salvadora verdad pasa el distinguido publicista á examinar la familia, base de la cual reconoce á la mujer, para quien aboga por una educación verdaderamente cristiana; puesto que siendo la que como madre ó esposa forma el corzon del hombre, debe ser depositaria de las virtudes que han de brillar en la Sociedad. El matrimonio es también objeto de un capítulo especial, en el cual pinta con maestría su autor las causas que producen las fatales consecuencias, de los enlaces que en la época presente se efectúan guiados los mas por el positivismo, algunos por la pasión y pocos, muy pocos por el amor, fundamento único de una buena unión conyugal. Para remediar tamaños males, afirma que el verdadero matrimonio es el que se verifica con arreglo á la doctrina de J. C.

En la tercera parte de su obra trata el Sr. Romero la cuestión económica; rechaza el comunismo y defiende el socialismo y la libertad del trabajo: aboga por el establecimiento de las Sociedades coopera-

tivas y divide la propiedad en *colectiva è individual* entendiendo por colectiva los objetos y primeras materias de producción y por individual los productos obtenidos por el trabajo; esta trasmisible, aquella no. De este modo cree el autor se remedian los males de los trabajadores; se hacen desaparecer las exageraciones de la demagogia comunista. Finalmente: en la teoría del derecho, última parte de *La fórmula social*, estudia la libertad como ley natural, la libertad moral y política y la define: «Que es el derecho que pertenece al hombre de desarrollar à su manera todas sus facultades dentro del Bien» y afirma que *ser libre es obedecer à Dios*.

Hasta aquí los fundamentos de donde el Sr. Romero deduce su fórmula y los cuales plantea en su buen talento con una claridad recomendable, vastos conocimientos y, sobre todo, con un excelente criterio práctico; pero para que dicha fórmula sea salvadora, solo le falta una cosa: haberse inspirado en la verdad católica, única que puede presentarla, por que es absoluta. Esta es la sola diferencia que entre *La República en España* y *La fórmula social* existe.

Es verdad que el Sr. R. Quiñones proclama una sola moral; *la de J. C.* Que dice: «*Toda creencia que no tiene por base esencial de su dogma la fe como la católica que por la verdad revelada tiene el privilegio de considerarse única depositaria, puede ser negada*: Que confiesa las dos naturalezas en J. C. y lo prueba asegurando, que *el cristianismo perdiera toda su bondad y bellezas si la doctrina del joven maestro, no hubieran sobrepujado en mucho al nivel de mediana bondad por encima del cual no puede elevarse la especie humana*: Que al hablar del matrimonio niega al Estado el derecho de legislar sobre una cosa inmutable, cuando debia haberse concretado à los efectos puramente civiles, y considera verdadero matrimonio al cristiano, elevado por Jesus à Sacramento: y finalmente; cuando despues de describir los males de la clase obrera se declara socialista, exclama: *¡Si al menos la caridad fuese en espíritu y verdad!* Triste epifonema que encierra la confesion de que la Caridad es el único remedio que hay para enjugar las lágrimas del desgraciado. Pero en medio de tales afirmaciones; en medio del plan general de la obra, que no es otro que el aplicar la doctrina de J. C. como eficaz y única medicina à las heridas que padecen así el individuo como la familia y la sociedad, y en medio de un profundo respeto y amor à la doctrina ortodoxa, amor y respeto que ahogando el frio raciocinio del autor se exhalan en magníficos conceptos que inspira sin duda alguna el corazón formado por la pureza de la verdad, se encuentran algunas afirmaciones heterodoxas que pugnan por salirse de la obra, porque desdican de ella,

El Sr. Romero, à pesar de que confirma que el catolicismo es el depositario de la verdad revelada, y al mismo tiempo que defiende calurosamente la doctrina de J. C. que es la del catolicismo, trata à este en algunos de sus párrafos con toda la injusticia de las calumnias que el Protestantismo le ha levantado, y aun llega à tratar-

lo como una secta fuera del Cristianismo. Nosotros no haremos mas que remitir á dicho Sr. á *La República en España*, en cuya obra rebate su autor todos los dieterios lanzados contra el catolicismo.

Otra de las contradicciones que advertimos en «*La fórmula social*» se halla al tratar su autor del matrimonio civil.

Confiesa que el Estado ha venido con su ingerencia en este asunto á hacer mas triste el cuadro, que magistralmente pinta, del matrimonio degradado por las costumbres; dice que el derecho positivo se debia haber circunscrito á legislar sobre los efectos puramente civiles y esto lo afirma, sin duda alguna, porque comprende que solo la religion cristiana, que es la que llega al terreno de las conciencias, en donde el matrimonio debe basarse nutriendose, digamoslo así, de las virtudes que esta moral hace nacer en el alma, es la única que puede sancionar las uniones conyugales, bendiciendo en nombre de Dios á los que en su nombre van á constituir una nueva familia; y sin embargo de esto, defiende á continuacion la ley provisional del matrimonio civil, diciendo que si los neocatólicos lo combaten es por la *obscena pecunia*, y abogando además porque se destierren de los Juzgados municipales, en beneficio de los pobres para que estos puedan celebrar el matrimonio civil, los gastos que el católico lleva consigo.

En este punto debemos indicar á este distinguido publicista, que la *obscena pecunia* no recae en beneficio de los sacerdotes católicos; pues los dispendios enormes que para dispensas y otros asuntos hacen los contrayentes, quedan en oficinas que ni aun por clérigos están servidas.

No seguiremos ocupándonos de estos detalles, que hemos creido oportuno el tratar, para terminar con el exámen de la cuestion del socialismo que es la de mas trascendencia que abraza «*La fórmula social*.»

Su autor trata con igual rigor á la tirania del capital que á las exageraciones demagógicas. A la vista de la miseria y del hambre de la clase obrera, quiere hallar una solucion para establecer la armonía entre el propietario y el trabajador y encuentra en el socialismo y en la cooperacion el medio de obtenerla. No creemos nosotros que así se conseguiría. Si se desea la cooperacion para que la clase obrera pueda resistir las tiranías del propietario. ¿No se vé que á su vez el obrero se impondría al capital? Es por consiguiente inadmisibile el medio que se propone, y solo uno es el eficaz y que es único, porque solo es el que directamente se deriva de la Verdad absoluta; medio que reconoce el mismo publicista de que nos ocupamos: *El principio católico de la abnegacion y del sacrificio*.

Con suma ludidez trata este punto el Sr. Marin y Ordoñez, probando además con toda claridad y fuerza de logica, cómo el socialismo procede del materialismo económico, razon mas para que tengamos que rechazar la solucion presentada sobre este punto por el Sr. R. Quiñones.

Tambien encontramos en «*La fórmula social*» un hecho que nos llama poderosamente la atención. Reconoce su autor lo sobrenatural de los actos de J. C. y sin embargo; no los llama milagros, calificandolos de *raras coincidencias*. ¿Porqué esta contradicción? No lo comprendemos.

Por lo que respecta à la forma de Gobierno, el Sr. Marin Ordoñez dice cuanto nosotros pudieramos decir: *El catolicismo no es una forma de Gobierno las acepta todas.*

Nosotros à ambos Sres solo les llamaremos la atención respecto al discurso pronunciado por el Presidente de la República del Ecuador en la solemne apertura de las Cámaras en 19 de Agosto del corriente año. Una República como aquella, eminentemente católica, es la que deseamos con todo el afán de nuestra alma. ¡Qué lección da el referido discurso à el mundo! ¡Qué lección à España especialmente!

Por lo demas, nos unimos à los dos autores para clamar contra la desmoralización que nos mata. Con valor y actividad podrá conseguirse.

Imitemos todos à los Sres. Marin Ordoñez, y Romero Quiñones que han merecido bien de la patria al levantar la voz en su defensa y por su bien.

J. SANCHEZ ROS.

NECROLOGIA.

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.—† 8 DEL ACTUAL.

Las letras españolas están de luto. La muerte del inspirado autor de «*Marcela*» «*El pelo de la dehesa*» y cien otras comedias que le hicieron merecer el primer puesto en nuestro teatro, deja un vacío difícil de llenar en la literatura dramática española.

D. Manuel Breton de los Herreros nació en la aldea de Quet (Logroño) el día 19 de Diciembre de 1796. Su primera obra «*A la vejez viuelas*» estrenada el 14 de Octubre de 1824 en el célebre *corral de la Pacheca*, fué frenéticamente aplaudida. Desde aquel día su carrera se cubrió de gloria, recogiendo los mas bellos laureles en todos los géneros del arte que cultivara.

¿A qué citar sus comedias y tragedias? Todas ellas viven y vivirán en la memoria del pueblo español que las ha aplaudido cómo à sus brillantes joyas.

La Redacción de «*EL ATENEO LORQUINO*» al dedicar un recuerdo de alabanza al eminente Breton de los Herreros, se une à la prensa toda para derramar sobre la tumba de una de nuestras glorias patrias lágrimas de respeto y de admiración.

LA REDACCION.